

# UNA NIÑEZ PERDIDA

Hola:

Me llamo Sonia y tengo treinta años, tengo una hija con catorce años y temo que pase lo mismo que pasé yo...

Hace algunos años, cuando yo tenía la edad de mi hija Selene pasé por muchas cosas...

Cuando tenía su edad era una niña normal y corriente, sin ningún tipo de problema, me gustaba ir al instituto para estar con mis amigas. El día dos de marzo será un día que recordaré toda mi vida... Todo empezó como un día normal, desperté y fui hacia el piso de abajo donde estaba mi madre y me senté sobre la encimera esperando mis tostadas como cada mañana, pero en mi interior sabía que ese día sería diferente y así fue. Mi madre me dijo que nos íbamos a mudar, que le había salido un trabajo. Yo me negué rotundamente, no me hacía a la idea de tener que dejar a mis amigas y amigos, mi casa, mi colegio, mi academia de baile... ¡No quería! Yo no lloré simplemente me enfadé y grité, mi madre no se enfadó, algo que era muy raro en ella, parecía que me comprendía; me fui a mi cuarto y al rato subió, yo ni siquiera quería verla, en ese momento la odiaba. Me dijo que me tranquilizase que no pasaba nada, que allí podría empezar de nuevo... Le dije que se fuera, que no quería verla, ¿por qué no me lo había consultado?

Pensaba que yo no era lo suficiente madura como para tener esa conversación con ella... Quizás no se equivocaba... Me puse lo primero que cogí y me fui al instituto. Cuando vi a Carla, mi mejor amiga, la cogí de la mano y me la llevé al cuarto de baño, allí empecé a llorar, no podía ni hablar, estaba muy nerviosa, cuando estaba más tranquila le conté todo, que en una semana me iría y no la vería más. Carla no sabía que decir, no se lo creía, pero así era. Pensamos en fugarnos pero no era capaz, porque pesaba en mi madre aunque ella no me había tenido en cuenta. Los tres primeros días pasaron volando y el viernes fue un día duro, me despedí de todos los profesores y de mi colegio.

A la salida me fui con Carla hacia casa y me propuso una tarde en su casa para despedirme de aquellos días que pasamos juntas, aquellos en los que veíamos películas de amor y llorábamos como tontas o que nos poníamos a bailar como locas.

Llegué a mi casa y mi madre me esperaba en la puerta sin mediar palabra. Entré enseguida, subí a mi cuarto y me comí un bacadillo que me había comprado en la esquina de mi casa en un puestecillo que siempre estaba abierto, me duché, me cogí un moño y salí a casa de Carla. Cuando llegué, no estaba el coche de Lucía, su madre, cosa que me extrañó. Llamé a la puerta y me abrió Carla, iba con una bata hasta los pies, pero muy bien peinada, que raro... Fuimos al comedor y cuando abrió la puerta ¡Sorpresa! Allí estaban todos los niños del barrio, del colegio... Lo primero que hice fue abrazarme a Carla y decirle ¡"Está Raúl ahí y yo con estas pintas"! Carla me cogió de la mano y fuimos a su cuarto, y de nuevo allí otra sorpresa, sobre la cama, el vestido rosa, ese vestido que llevaba meses pidiéndole y que nunca me dejó porque decía que me quedaba mejor que a ella.

Me puse el vestido y las dos nos pintamos. Se quitó la bata e iba guapísima. Bajamos y hablamos sin parar, por un momento me olvidé de todo, me sentía bien. Raúl se acercó a mí y empezamos a hablar. Era la primera vez que me decía algo que no fuera hola y adiós. Después empezó a marcharse gente y todo eran besos y abrazos, una mano agarró la mía, era Raúl, me llevó hacia la cocina, me dijo que le gustaba desde hacía tiempo y yo le dije que no me lo podía creer que desde que entré en el instituto había estado enamorada de él pero que nunca le había dicho nada porque era más grande que él y lo veía como algo imposible. Me agarró por la cintura y me besó, fue el beso más bonito, para mí superó hasta las películas.

Se fue todo el mundo y me quedé con Carla recogiendo la casa, más tarde llegó su madre, me dio un beso y me preguntó que si me gustaría pasar allí la noche, la idea me fascinaba, Carla le dijo que llamara a mi madre y así lo hizo. Nos lo pasamos súper bien, lloramos con las películas, cantamos, bailamos, nos pintamos

las uñas, nos hicimos peinados, por último una pelea de almohadas y quedamos rendidas, nos acostamos y dormimos hasta las dos del día siguiente, nos despertó el olor a pollo al horno, ¡que hambre teníamos! Bajamos y comimos, luego fui a mi casa y estaba todo empaquetado, todo se me caía encima, no sabía que hacer. Fui para el piso de arriba y allí estaba mi madre haciendo su maleta, ya no había vuelta atrás por mucho que me doliera me iba a ir. Mi madre me miró y me abrazó, yo la abracé y lloré, ella también lloró y me dijo que lograríamos salir adelante. Lo que quedaba de sábado y domingo pasaron en nada, apenas me di cuenta. El lunes por la mañana Carla fue a mi casa antes de irse al instituto, traía una carta, me dijo que la leyese a solas en mi habitación, en la de mi nueva casa, y por último me dijo que era de parte de Raúl, nos abrazamos y me metí en el coche con las lágrimas saltadas. Llegué a mi casa después de tres largas horas de camino. Entramos y dejamos todas las cosas, nos fuimos a comer y empezamos a instalarnos. El jueves ya estaba todo medio en orden, le escribí una carta a Carla y me compré ropa nueva para ir guapa el lunes al instituto, la verdad no me encontraba con ganas de empezar. El día diecinueve fue mi cumpleaños y en mi puerta encontré una moto de color rosa como la había deseado desde chica. Al lunes siguiente fui al instituto con mi ropa y mi moto nueva, estaba muy cortada y no sabía que hacer.

Cuando entré en clase era todo diferente, la gente hablaba diferente, me sentía como una extraña. Conocí a un grupo de chicos y chicas y poco a poco fui cogiendo confianza, no eran como mis amigos del pueblo, éstos fumaban, salían, tenían coches, motos, eran más pasotas... Al intentar integrarme empecé a fumar y a descontrolarme más. Un día, después de clase, llegué a casa y fui a mi cuarto, tirada en la cama estaba recordando la despedida de mi amiga Carla, ¿y la carta? Ni siquiera la había abierto, la leí y en ella ponía que los últimos días no habían sido del todo coherentes, decía que sólo nos podíamos hacer daño siguiendo lo que había pasado entre nosotros... Vamos, que para él

sólo había sido un beso más, mientras que para mí había sido el mejor, el primero y el más bonito...

Al día siguiente por la mañana estuve hablando con María, la niña del grupo con la que más confianza tenía y le conté todo desde el principio y me dijo que no me preocupara, iríamos a su casa, me dejaría ropa chula y saldríamos esa noche, yo le dije a mi madre que me quedaría en casa de María y ella aceptó porque me veía muy "depre".

María se quedó a comer en mi casa y por la tarde nos fuimos a la suya.

Estuve toda la tarde probándome ropa, María estaba empeñada en que esa noche tenía que estar rompedora, me puse una falda muy corta, unos tacones altísimos y un escotazo. Llevaba tanta pintura que apenas me reconocía, tampoco me reconocí aquella noche, me había convertido en algo que había odiado durante mucho tiempo. Cuando salimos empecé a fumar, a beber y estaba descontrolada, después empecé a fumar cosas que no había probado. Había un chico en la pandilla que se llamaba Aitor, era el más chulo y el más ligón, empezó a tontear conmigo, yo estaba un poco mareada pero más o menos sabía lo que estaba haciendo. Empecé a besarme con él, y en ocasiones pensaba que era el chico de mi vida. ¡Qué tontería! Creía que me quería y yo pensaba que estaba enamorada de él. Pasaron dos semanas y yo me sentía la chica más especial de todo el instituto pues estaba con el chico más popular, el que tenía el mejor coche y era el más conocido por todos.

Cuando llevamos un mes me dijo que tenía un regalo para mí, vino a recogerme y me llevó al cine, fuimos a cenar y después a su casa, confiada por sus palabras me entregué a él. Cuando llegamos a la plazoleta donde nos poníamos todas las tardes, estuve hablando con María y cotilleamos como siempre. Pasó el tiempo y un poco preocupada llamé a María, algo no iba bien, me sentía mareada y tenía náuseas.

Fuimos al médico, ella me acompañó con su hermana mayor, a la que le contábamos todo. Me hicieron las pruebas del embarazo

y me dio positivo, algo estaba creciendo dentro de mí. Tenía miedo, tenía quince años y medio, era una niña. Fui a buscar a Aitor y estuve hablando con él, cuando le conté lo que me había pasado se quedó pálido, me dijo que era muy joven y que no se iba a hacer cargo de un niño con sólo dieciséis años, era muy joven para asumir esa responsabilidad y muy mayor para otras pensé yo. ¡Que decepción! Tardé en contárselo a mi madre, ya estaba de tres meses y medio y decidí contárselo de una vez. Me apoyó, pero yo estaba hundida. ¡Qué tonta había sido! Mi madre me preguntó por primera vez qué era lo que iba a hacer, yo decidí tener a esa maravillosa niña, que ya hoy es una mujercita. Aquí estoy, en el umbral de mi casa esperando a que llegue del instituto y estoy dispuesta a contarle hoy toda mi historia para que no pierda la niñez que yo perdí aquel día, y aunque sea lo más bonito que me ha pasado en la vida no me gustaría que mi hija pasara por lo que he pasado yo. ¡Ah! Por cierto, volví a mi antigua casa del pueblo y hablé con Raúl, me dijo que la carta la escribió en un ataque de rabia, pero que no había conseguido olvidarme. Nos casamos el mes que viene...

Sonia.

MARÍA DELGADO CARDEÑAS  
14 años, Huelva.